

SÓFOCLES FILOKTETES

(La escena tiene lugar en un solitario paraje costero de la isla de Lemnos. En el acantilado se divisa una cueva. Aparecen Odiseo y Neoptólemo con un marino.)

ODISEO.- Éste es el acantilado de la tierra de Lemnos, bañada por todas partes, y no pisada ni habitada por los hombres¹, en donde, ¡oh Neoptólemo, hijo de Aquiles, el más valiente padre de entre los helenos!, hace tiempo, dejé yo abandonado al Melio², al hijo de Peante. Me habían ordenado hacerlo los que mandaban -le supuraba el pie a causa de un mal devorador-, puesto que no nos era posible acceder a libación ni sacrificio alguno con tranquilidad, sino que continuamente nos invadía todo el campamento con sus agudos lamentos, gritando y gimiendo. Pero, ¿por qué hay que hablar de esto? No nos es propicio el momento para largos discursos, no vaya a ser que se aperciba de venida y eche a perder todo el artificio con el que poder cogerle pronto. Tu misión es, de ahora en adelante, obedecer y observar dónde hay aquí una cueva de doble abertura tal que, en invierno, el sol se pose por dos veces, mientras que en verano la brisa, pasando a través de la gruta de doble boca, propicie el sueño. Un poco más abajo, a tu mano izquierda, tal vez puedas ver una fuente de agua corriente, si es que subsiste. Después de acercarte, indícame, por señas, si ocupa aún el mismo lugar, o si se encuentra en otra parte, para que, a continuación, tú escuches el resto de las instrucciones que te voy a dar y actuemos de acuerdo por ambas partes.

NEOPTÓLEMO.- Señor Odiseo, breve trabajo me ordenas. Pues me parece estar viendo una gruta como dices.

ODISEO.- ¿Arriba o abajo? Pues no la descubro.

Neoptólemo.- Allí arriba, y no hay el menor ruido de pasos.

ODISEO.- Mira no se encuentre echado en ella durmiendo.

NEOPTÓLEMO.- Veo un habitáculo vacío, sin nadie.

ODISEO.- ¿Y no hay dentro alguna provisión que la haga habitable?

NEOPTÓLEMO.- Una hojarasca aplastada como por alguien que pasa las noches en ella.

ODISEO.- ¿Lo demás está vacío? ¿No hay nada bajo el techo?

NEOPTÓLEMO.- Una copa hecha de madera -obra de algún mal artesano- y, aquí cerca, unos utensilios para el fuego. -

ODISEO.- De él son los tesoros que describes.

NEOPTÓLEMO.- ¡Uy, uy! Aquí otra cosa se está secando, unos harapos llenos de repugnante pus.

ODISEO.- Está claro que nuestro hombre habita estos parajes.

Y no debe de estar lejos. Pues, ¿cómo un hombre con tal dolencia en el pie a causa de un antiguo mal podría llegarse muy lejos? Eso es que ha hecho una salida en busca de alimento o de alguna planta que sabe que le calma. Envía al que está a tu lado a un reconocimiento, no sea que me sorprenda inesperadamente. Porque él preferiría capturarme a mí antes que a todos los argivos.

(Neoptólemo da señal al marino de que parta.)

NEOPTÓLEMO.- Se va, y acechará el sendero. Tú, si algo quieres, dílo de nuevo.

ODISEO.- Hijo de Aquiles, preciso es que seas valeroso en la misión para la que has venido, y no sólo con tu cuerpo, sino que, si oyes algo nuevo que antes no habías oído, debes colaborar en aquello en que estás como ayudante.

NEOPTÓLEMO.- ¿Qué ordenas?

ODISEO.- Te necesito para que, al hablarle, engañes con tus palabras el ánimo de Filoctetes. Cuando te pregunte quién eres y de dónde has llegado, dices que hijo de Aquiles -esto no hay que ocultarlo- y que navegas hacia casa, tras abandonar la expedición naval de los aqueos, habiendo surgido un gran odio contra ellos porque te hicieron venir con súplicas desde tu país,

como si fueras el único medio de conquistar Ilión, y no te consideraron, una vez que hubiste llegado, digno de las armas de Aquiles. A pesar de que pedías con pleno derecho que te las dieran, se las entregaron a Odiseo. Puedes decir los más mezquinos ultrajes que quieras contra mí. En nada me ofenderás con ello. Y, si no lo haces, lanzarás a la ruina a todos los argivos. Pues si no es capturado el arco de éste, te será imposible conquistar la llanura de Dárdano³.

Entérate de por qué no puedo yo,

y en cambio tú sí, tener un trato confiado y seguro. Tú has viajado sin estar obligado por juramento con nadie⁴, ni a la fuerza, ni en la primera expedición; sin embargo, yo no puedo refutar ninguna de estas cosas. De modo que, si él me ve mientras sea dueño del arco, estoy perdido, y te arrastro en la perdición a ti también por estar en tu compañía.

Es necesario que en esto mismo te las ingenies para sustraerle las armas invencibles. Sé hijo, que no estás predispuesto por tu naturaleza a hablar así ni a maquinare engaños.

Pero es grato conseguir la victoria. Lánzate a ello; ya nos mostraremos justos en otra ocasión. Ahora, por un corto espacio del día, préstate para algo desvergonzado, y, después, durante el resto del tiempo, podrás ser llamado el más piadoso de todos los mortales.

NEOPTÓLEMO.- Yo, ¡oh hijo de Laertes!, odio poner en práctica las palabras que me afligen al oírlas. Por mi naturaleza no hago nada con medios engañosos, ni yo mismo, ni, según dicen, el que me dio el ser. Pero estoy dispuesto a llevarme a este hombre por la fuerza y no con engaños. Porque no nos someterá por la fuerza con un solo pie a nosotros que somos tantos. Sin embargo, habiendo sido enviado como colaborador tuyo, temo ser llamado traidor. Pero prefiero, rey, fracasar obrando rectamente que vencer con malas artes.

ODISEO.- Hijo de noble padre, también yo mismo cuando era joven tenía la palabra ociosa y el brazo activo. Y ahora, remitiéndome a las pruebas, veo que

¹ Lemnos, isla de gran tamaño al Noroeste del mar Egeo. Sófocles, tal vez intencionadamente, la considera desierta para aumentar los sufrimientos del héroe.

² Se les llama melios a todos los pueblos vecinos del golfo de Mélide, en Tesalia.

³ La llanura de Dárdano significa el territorio donde está la ciudad de Troya, que se llamaba antes Dardania y fue fundada por Dárdano, hijo de Zeus.

⁴ El juramento al que alude es el que hicieron todos los pretendientes de Helena (incluido Odiseo) a Tindáreo, su padre, de prestar ayuda al esposo que ésta tomara, si lo solicitaba. Invocando este juramento es como Agamenón reunió la expedición contra Troya.

- entre los mortales son las palabras y no los actos los que guían todo.
- 100 NEOPTÓLEMO.- Y ¿qué otra cosa me ordenas sino decir mentiras?
- ODISEO.- Te digo que con astucia captures a Filoctetes.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Y por qué hay que llevarlo con engaños, en lugar de convenciéndolo?
- ODISEO.- No se deja convencer. Por la fuerza no podrías tomarlo.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Tan tremendamente confiado en su fuerza está?
- ODISEO.- Tiene flechas que no fallan y portadoras de muerte.
- NEOPTÓLEMO.- Y, en ese caso, ¿no es una temeridad acercarse a aquél?
- ODISEO.- Sí, a no ser que lo cojas con engaño, como yo te digo.
- NEOPTÓLEMO.- Y ¿no consideras vergonzoso, ciertamente, decir mentiras?
- ODISEO.- No, si la mentira reporta la salvación.
- 110 NEOPTÓLEMO.- Y ¿cómo se atreverá alguien a hablar así mirando a la cara?
- ODISEO.- Cuando haces algo para un provecho, no conviene vacilar.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué me aprovecha a mí que éste vaya a Troya?
- ODISEO.- Sólo este arco conquistará Troya.
- 120 NEOPTÓLEMO.- ¿Acaso no soy yo, como decíais, el que va a devastarla?
- ODISEO.- Ni tú podrías sin aquél ni aquél sin ti.
- NEOPTÓLEMO.- Tendrá que ser capturado, si es así.
- ODISEO.- Si lo haces, obtendrás dos beneficios.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Cuáles? Si me los haces ver, no podría negarme a hacerlo.
- ODISEO.- Serías reputado por sabio tanto como por valiente.
- NEOPTÓLEMO.- Ea, lo haré, liberándome de todo sentimiento de vergüenza.
- 130 ODISEO.- ¿De verdad te acuerdas de todo lo que te he advertido?
- NEOPTÓLEMO.- Puedes estar seguro, ya que te lo he prometido.
- ODISEO.- Tú te quedas ahora aquí y aguardas a aquél. Yo me voy, no vaya a ser reconocido estando a tu lado. Al vigilante lo voy a enviar de nuevo al barco. Y si me parece que os retrasáis mucho tiempo, otra vez haré venir hacia aquí, después de disfrazarlo para que sea imposible reconocerlo, a este mismo hombre con apariencia de piloto. Acepta lo que te convenga de sus palabras en cada momento, porque él, hijo, hablará de manera ambigua. Yo me voy a la nave, dejándote este asunto a ti. Que Hermes, el dios de la astucia, nos guíe escoltándonos a los dos, y Atenea Vencedora, protectora de la ciudad, que me protege siempre.
- 140 CORO.-
Estrofa ^a
¿Qué es preciso, señor, que yo, extranjero en tierra extranjera, oculte, o qué debo decir ante el varón lleno de desconfianza? Dímelo. Pues una habilidad que supera a cualquier otra y buen juicio sobresalen en aquel que gobierna con el cetro divino derivado de Zeus.
- A ti, ¡oh hijo!, ese poder te ha venido de tus antepasados. Dime, por tanto, en qué es preciso que te sirva.
- NEOPTÓLEMO.- *Ahora, tal vez quieres ver el lugar donde habita, en los confines de la isla. Mira confiado y, cuando llegue el terrible caminante, sal de su morada*
- 150 y, avanzando según las señas que cada vez te vaya haciendo con mi mano, intenta servir a las necesidades del momento.
- Antístrofa 1^a
Me hablas de un cuidado que desde hace tiempo tengo, señor: mantener mis ojos vigilantes para tu conveniencia sobre todo. Y, ahora, dime en qué morada está aposentado y qué lugar ocupa. Pues no me es inoportuno el saberlo, no sea que me lo encuentre en algún sitio sin advertirlo. ¿Cuál es el lugar o cuál la residencia? ¿Qué sendero conduce dentro de la cueva o fuera de ella⁵?
- NEOPTÓLEMO.- *Estás viendo aquí la casa de doble puerta que es su guarida de piedra.*
- CORIFEO.- *(Acercándose y viendo que no está en el interior.) ¿Adónde se ha marchado el desdichado?*
- NEOPTÓLEMO.- *Para mí al menos es evidente que va arrastrándose por el camino, en alguna parte cerca de aquí, por la necesidad de alimento. Esta es la clase de vida que dicen que lleva, disparando a las fieras con sus alados dardos, miserable, de miserable manera y sin que ningún aliviador de sus males se le acerque.*
- CORO.-
Estrofa 2^a
Yo siento compasión por él, porque, desdichado, sin que se preocupe de él ningún mortal y sin ninguna mirada que le acompañe, siempre solo, sufre cruel enfermedad y se angustia ante cualquier necesidad que se le presente. ¿Cómo, cómo, desventurado, se mantiene? ¡Oh recursos de los mortales! ¡Oh razas desgraciadas de hombres, para quienes no existe una vida mesurada!
- 180 Antístrofa 2^a
Ése, sin duda no menos importante que cualquier la miembro de familias nobles, yace privado de todo en la vida, abandonado de los demás, en compañía de moteadas o lanudas fieras⁶, y, digno de lástima entre dolores y hambre, con irremediables preocupaciones, grita. Y el que no deja de hablar, el eco que se oye a lo lejos, responde a sus amargos lamentos.
- 190 NEOPTÓLEMO.- *Nada de esto me sorprende. Pues, por lo que yo deduzco, de origen divino son, tanto aquellos padecimientos que le sobrevinieron de la despiadada Crisa⁷ como los que actualmente padece sin nadie que lo atienda. Es imposible que no sea que algún dios se preocupa de que él no dirija contra Troya las invencibles flechas de los dioses⁸ antes de que llegue el tiempo en que, está dicho, debe ser sometida por éstas.*
- 200 *(Se oyen gritos de dolor.)*
Estrofa 3^a
CORO.- *Guarda silencio, hijo.*
NEOPTÓLEMO.- *¿Qué pasa?*
CORO.- *Un grito se ha oído claramente, cual es habitual en un hombre que sufre, en alguna parte, por aquí por aquellos lugares. Me alcanzan, me alcanzan efectivamente ruidos de quien se arrastra penosamente en su caminar, y no me pasa inadvertida la voz que*
- 210

⁵ El Coro no estaba presente cuando Neoptólemo descubrió la cueva.

⁶ Oponen los animales inofensivos a los salvajes.

⁷ Crisa es la ninfa que da nombre a un islote situado al sur de Lemnos, desaparecido en el s. II d.JC., y en el cual los griegos tenían que pararse a celebrar sacrificios. De ahí volvió Filoctetes, con la herida causa de todos sus males. Según otras versiones, era la isla de Tenedos.

⁸ Las armas eran de origen divino porque se les había dado Apolo a Heracles y éste a Filoctetes como recompensa por haber hecho el favor de quemarlo en la pira.

desde lejos llega angustiada y afligida. Son claros sus gritos.

Antístrofa 3ª

CORO.- Pero fíjate, hijo.

NEOPTÓLEMO.- Dime en qué.

CORO.- En nuevas reflexiones.

Que no está lejos el hombre, sino por aquí cerca, no entretenido en música de flauta, cual pastor⁹ en el campo, sino que, por sufrir algún tropiezo a causa de su necesidad, lanza un grito lejano, o por fijar los ojos en un puerto inhóspito para las naves. Lo cierto es que un terrible grito le precede.

(Entra Filoctetes.)

220 FILOCTETES.- ¡Ah, extranjeros! ¿Quiénes sois que os habéis dirigido con marino remo hacia esta tierra que ni tiene fácil desembarco ni está habitada? ¿De qué patria o de qué raza podría decir con acierto que sois? La apariencia del vestido es la de los helenos, la que me es más querida. Pero quiero oírlos la voz. No os sobresaltéis por el miedo ante mí, temerosos de mi aspecto salvaje; antes bien, apiadaos de un hombre mísero, solitario, abandonado aquí y arruinado, sin amigos, y habladle, si es que habéis llegado en calidad de amigos. Ea, eso respondedme, porque no es natural

230 que yo me vea frustrado en esto por vuestra parte, ni vosotros por la mía.

NEOPTÓLEMO.- En efecto, extranjero, sabe, esto lo primero, que somos helenos, ya que es lo que quieres saber.

FILOCTETES.- ¡Oh queridísimo lenguaje! ¡Nada como recibir el saludo de un hombre como tú después de tanto tiempo! ¿Quién te ha acercado, oh hijo? ¿Qué necesidad te ha dirigido? ¿Qué deseo? ¿Cuál entre todos los vientos el más querido? Hazme saber todo esto para que sepa quién eres.

240 NEOPTÓLEMO.- Soy por mi origen de Esciros¹⁰, a la que el mar baña por todas partes. Navego hacia mi patria. Soy llamado Neoptólemo, hijo de Aquiles. Ya conoces todo.

FILOCTETES.- ¡Oh hijo de un padre queridísimo! ¡Oh tú, de un país amado! ¡Oh retoño del anciano Licomedes¹¹! ¿Con qué objeto has abordado a esta tierra? ¿De dónde ha partido la travesía?

NEOPTÓLEMO.- En esta ocasión navego desde Ilión.

FILOCTETES.- ¿Cómo dices? Tú no eras marinero con nosotros al principio de la expedición a Ilión.

NEOPTÓLEMO.- ¿Acaso participaste también tú en esa contienda?

FILOCTETES.- ¡Hijo mío! ¿Es que no conoces a quien estás contemplando?

250 NEOPTÓLEMO.- ¿Cómo voy a conocer a quien nunca, he visto?

FILOCTETES.- ¿Y nunca has oído hablar de mi nombre, ni de la fama de las desgracias en que me consumo?

NEOPTÓLEMO.- Entérate de que nada sé de lo que me preguntas.

FILOCTETES.- ¡Ah, soy muy desgraciado y odioso para los dioses! ¡A pesar de encontrarme en este estado, a ninguna parte han llegado noticias mías, ni a mi patria ni a sitio alguno de la tierra helena! Los que me

260 abandonaron impiamente se ríen guardando silencio¹²,

mientras que mi dolencia no deja de crecer y va a más. ¡Oh hijo, oh muchacho nacido de tu padre Aquiles!



Filoctetes herido

270 Yo soy aquel de quien, tal vez, has oído. decir que es dueño de las armas de Heracles, Filoctetes, el hijo de Peante, al que los dos caudillos y el rey de los cefalonios¹³ abandonaron vergonzosamente, indefenso, cuando me consumía por cruel enfermedad, atacado por sangrienta mordedura de una víbora matadora de hombres. En compañía de mi mal, hijo, aquéllos me dejaron aquí solo y se marcharon una vez que atracaron aquí con la flota naval procedentes de la marina Crisa.

Entonces, tan pronto como vieron que yo estaba durmiendo después de la fuerte marejada, junto a la orilla, en una abovedada gruta, contentos¹⁴ me abandonaron y se fueron tras dejarme, como para un mendigo, unos pocos andrajos y también algo de alimento. ¡Mínima ayuda que ojalá obtengan ellos! ¿Imaginas tú, hijo, qué clase de despertar tuve entonces de mi sueño, una vez que ellos hubieron partido? ¿Qué lágrimas derramé, de qué desgracias me lamenté al ver que las naves con las que había hecho la navegación se habían ido todas y que no quedaba en la región ni un hombre que me socorriera, ni quien pudiera tomar parte en mi dolor cuando sufriera? Observando todo lo que me rodeaba, no encontraba nada que no fuera aflicción, y de ésta en abundancia, hijo. Y, uno tras otro, transcurrían los días. Y tenía que servirme a mí mismo solo, bajo este humilde techo. A mi estómago este arco le proporcionaba lo necesario cuando hería aladas palomas. Después, cada vez que la flecha disparada por mi arco daba en el blanco, yo mismo, infortunado, me arrastraba tirando de mi pobre pie. Y si me era necesario también tomar alguna bebida y cortar alguna madera cuando, como en el invierno, suele extenderse el hielo, tenía que salir a rastras, desdichado, para procurármelo. Además, no tenía fuego, pero, frotando una piedra contra otras piedras, a duras penas hice aparecer el invisible resplandor que me salva siempre. Pues verdaderamente un techo bajo el que establecerse con fuego proporciona todo, excepto el que yo deje de sufrir.

300 ¡Ea, oh hijo, conoce ahora también lo que concierne a la isla!

310 Ningún marinero se acerca a ella por su gusto, porque

⁹ Como contraste a la situación en que se halla Filoctetes se evoca la imagen del pastor que toca apaciblemente el caramillo.

¹⁰ Esciros es una pequeña isla al Este de la isla de Eubea.

¹¹ Licomedes, rey de los Dólopes, en la isla Esciros, es padre de Deidamía, de la que se enamoró Aquiles. De esta unión nació Neoptólemo, que fue educado por su abuelo mientras Aquiles estaba en Troya.

¹² Esto es: guardan silencio acerca de él y de sus hazañas.

¹³ Odiseo era rey de Ítaca, Cefalonia y Zante. A sus habitantes se les denomina cefalonios, tal vez con un cierto tono despreciativo.

¹⁴ La inclusión de este adjetivo añade un rasgo psicológico a la descripción del hecho.

no hay ningún puerto ni lugar donde, al atracar, se pueda obtener una ganancia o recibir hospitalidad. Los viajes de los hombres prudentes no llegan aquí. Tal vez, es verdad, alguno desembarca contra su voluntad. Cosas así suceden frecuentemente en el largo tiempo de la vida humana. Éstos, cuando llegan, oh hijo, se compadecen de mí de palabra; incluso en alguna ocasión me dieron también por lástima algo de alimento o alguna prenda de vestir, pero ninguno quiere, cuando yo le hago mención de ello,

llevarme sano y salvo a mi país. Y yo me consumo, miserable, desde hace diez años ya, entre hambre y sufrimientos, alimentando esta enfermedad que nunca se sacia. ¡Tales son las cosas que me han infligido, oh hijo, los Atridas y el violento Odiseo, a quienes quieran los dioses olímpicos permitir que sufran algún día padecimientos que sean expiación de los míos!

CORIFE0.- Me parece que también yo, al igual que los extranjeros llegados aquí, me compadezco de ti, hijo de Peante.

NEOPTÓLEMO.- Yo mismo sirvo de testigo a lo que dices. Sé que es verdad, porque también he encontrado

320

villanos entre los Atridas y en el violento Odiseo.

FILOCTETES.- ¿Tú también, pues, tienes algún motivo de querrela contra los infames Atridas como para estar enfurecido por lo que has soportado?

NEOPTÓLEMO.- ¡Ojalá llegara a saciarse alguna vez mi cólera con la acción, para que Micenas y Esparta¹⁵ conozcan que Esciros es también madre de hombres valerosos!

370

FILOCTETES.- ¡Bravo, hijo! ¿Y por qué motivo has llegado a inculparles de la gran cólera que sientes contra ellos?

NEOPTÓLEMO.- ¡Oh hijo de Peante! Te referiré, aunque me sea penoso contarlo, aquello en lo que fui maltratado por ellos cuando llegué.

330

Después que le hubo llegado a Aquiles la hora de la muerte...

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! No sigas sin que sepa primero si ha muerto el hijo de Peleo.

390

NEOPTÓLEMO.- Ha muerto, no a mano de hombre alguno, sino de la divinidad, abatido por una flecha de Febo, según dicen¹⁶.

FILOCTETES.- Nobles eran, en verdad, tanto el que ha matado como el muerto. No sé, hijo, interrogarte primero acerca de tu agravio o lamentarme por aquél.

NEOPTÓLEMO.- Creo que te bastan tus sufrimientos, ¡oh desventurado!, de modo que no te lamentos por los de quienes te rodean.

340

FILOCTETES.- Con razón has hablado. Así, pues, vuelve otra vez a hablarme de tu asunto, de cómo te ultrajaron.

NEOPTÓLEMO.- Llegaron junto a mí, en una nave abigarradamente engalanada, el divino Odiseo y el ayo de mi padre diciendo, sea con verdad o sea sin razón, que no sería lícito que otro, sino yo, tomara la fortaleza, una vez muerto mi padre¹⁷. Tras decirme esto, no me retrasé mucho tiempo en embarcarme rápidamente,

410

350

sobre todo por el deseo de poder ver al muerto antes de sepultarlo -pues no lo había visto-, y, después, por otro lado, se añadía una bella razón, si con mi idea tomaba la ciudadela de Troya.

360

Era ya el segundo día de navegación para mí cuando

arribé con viento favorable para los remos al amargo Sigeo¹⁸. Y, nada más desembarcar, todo el ejército, rodeándome, me recibe con muestras de cariño jurando que veían de nuevo vivo al que ya no existía, a Aquiles. Pero aquél yacía muerto. Yo, desventurado, una vez que derramé lágrimas por él, no dejé transcurrir mucho tiempo

sin ir junto a los Atridas amigos -según era de esperar- y les pedí las armas de mi padre, y todas las otras cosas que quedaron. Pero ellos me dijeron, ¡ay!, unas palabras llenas de insolencia: «Hijo de Aquiles, todas las demás cosas de tu padre te está permitido coger, pero otro hombre es ahora dueño de aquellas armas, el hijo de Laertes.» Y yo, sin poder contener las lágrimas, me levanto al punto, presa de vehemente cólera, y con amargura les grito: « ¡Oh miserable! ¿Es que os habéis atrevido a entregar otro en lugar de a mí las armas que me pertenecen, sin haber contado conmigo?».

Y Odiseo, que se encontraba cerca, dijo: «Sí, muchacho, éstos me las han dado con toda justicia. Pues yo estaba presente y las puse a salvo, así como a aquél».

Yo, irritado, empecé enseguida a abrumarle con toda clase de denuestos, sin omitir ninguno, si es que aquél iba a despojarme de mis armas. Y él, una vez llegado a este punto, aunque no es persona propensa a la cólera, molesto ante lo que había oído, contestó: «No estabas donde nosotros, sino que te habías ido adonde no debías, y, puesto que hablas con tal osadía, no zarparás hacia Esciros con ellas.

Y tras haber oído tales insultos y haber sido así injuriado, navego hacia mi país, despojado de lo que me pertenece por el más malvado y descendiente de malvados, Odiseo. Y no inculpo tanto a aquél como a los que están en el poder. Porque la ciudad y el ejército por entero son de los que mandan, y quienes de los mortales obran contra la ley llegan a ser malvados por los consejos de sus maestros.

Mi relato ha concluido. Que sea querido para los dioses del mismo modo que para mí el que odie a los Atridas.

CORO.-
Estrofa.

Tierra montañosa, que a todos alimentas, madre del mismo Zeus, tú que contienes el gran Pactolo¹⁹, rico en oro, a ti ya allí²⁰, soberana madre, te invocaba cuando toda la insolencia de los Atridas se abatió contra éste, al entregar las armas paternas, el más preciado honor, al hijo de Laertes. ¡Ah bienaventurada diosa asentada sobre leones, matadores de toros!

FILOCTETES.- Habéis navegado hasta aquí, según parece, con un claro motivo de pesar, oh extranjeros, y estáis lo bastante de acuerdo conmigo como para reconocer que estas acciones proceden de los Atridas y de Odiseo. Pues bien sé que ése²¹ con su lengua participaría en cualquier bajo pretexto y en cualquier astucia de la que nada justo, al final, resultara²². Esto, pues, no es para mí motivo de asombro, sino el que, estando presente el gran Áyax, soportara presenciarlo.

NEOPTÓLEMO.- No estaba ya vivo, extranjero. Si hubiera vivido aquél, nunca hubiera yo sido despojado de esta forma.

420

¹⁵ Patrias de Agamenón y Menelao.

¹⁶ Fue París quien disparó la flecha que acabó con Aquiles, pero en la creencia de los hombres el que lo mató fue Apolo.

¹⁷ Fénix fue expulsado por su padre Amíntor y se refugió junto a Peleo, el cual le confió la educación de su hijo Aquiles. Acompañó a Aquiles a Troya en calidad de mensajero.

¹⁸ Promontorio en el Noroeste de Tróade donde, según la tradición, estaba el túmulo de Aquiles.

¹⁹ Río de Lidia en cuyas orillas se encontraba Sardes, ciudad de gran culto a Cibele.

²⁰ Troya.

²¹ Odiseo.

²² Ironía trágica.

muerto éste?

NEOPTÓLEMO.- Sabe que él no contempla la luz del día.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí, desgraciado! ¡Pero el hijo de Tideo²³ y el hijo de Sísifo, comprado por Laertes, no hay miedo de que mueran, y ellos son los que no deberían vivir!

NEOPTÓLEMO.- No, ciertamente. Y sabe esto, que al contrario, están ahora en pleno auge en el ejército de los argivos.

FILOCTETES.- ¿Y qué? ¿Vive el valiente anciano, amigo mío, Néstor de Pilos? Él, al menos, solía impedir las fechorías de aquéllos con sus sabios consejos.

NEOPTÓLEMO.- Las cosas le van ahora mal, ya que Antíloco²⁴, el hijo que estaba a su lado, se le ha muerto.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! Me has nombrado a estos dos hombres, de los que en modo alguno hubiera querido yo oír decir que habían muerto. ¡Ay, ay! ¿Qué se puede esperar cuando ellos están muertos y Odiseo, en cambio, sigue viviendo allí donde debía ser anunciado como muerto en lugar de éstos.

430

NEOPTÓLEMO.- Es un hábil luchador aquél, sí, pero incluso las mentes hábiles tropiezan a menudo, Filoctetes.

FILOCTETES.- ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Dónde estaba, pues, Patroclo entonces, que era el más querido amigo de tu padre?

NEOPTÓLEMO.- También estaba muerto. En pocas palabras te lo contaré: las guerras, por su gusto, no se llevan a ningún malvado, sino siempre a los mejores²⁵.

480

FILOCTETES.- Estoy de acuerdo con tus palabras y, a propósito de esto mismo; te voy a preguntar por un hombre indigno, pero hábil e ingenioso con la palabra. ¿Cómo está ahora?

440

NEOPTÓLEMO.- ¿A qué otro te refieres sino a Odiseo?

FILOCTETES.- No hablo de ése, sino que había un tal Tersites que no solía contentarse con hablar una sola vez, aun cuando ninguno le dejaba. ¿Sabes si se encuentra vivo?

NEOPTÓLEMO.- No le he visto, pero me enteré de que aún vive.

490

FILOCTETES.- ¿Y cómo no? Ya que ninguna cosa mala ha perecido aún; al contrario, ¡bien les protegen los dioses! Y en cierta manera se alegran devolviéndonos del Hades a los perversos y ladinos²⁶, mientras que no dejan de enviar allí a los justos y honrados.

450

¿Cómo hay que entender esto y aprobarlo cuando, al tiempo que alabo las obras divinas, encuentro a los dioses malvados?

NEOPTÓLEMO.- Yo, ¡oh hijo de la patria etea²⁷!, en adelante tendré cuidado de no mirar sino de lejos a

460

500

llión y a los Atridas, entre quienes puede más el depravado que el bueno, se pierden las virtudes y el despreciable es el amo; a esta clase de hombres yo jamás apreciaré. La rocosa Esciros me bastará de ahora en adelante, de suerte que encontraré deleite en el hogar.

Y ahora me voy hacia la nave. Y tú, hijo de Peante, pásalo bien, pásalo lo mejor posible. Que los dioses te saquen de tu enfermedad, como tú deseas. Partamos nosotros para que, tan pronto el dios nos conceda la posibilidad de navegar, en ese a mismo momento salgamos.

FILOCTETES.- ¿Ya estáis preparados para partir, hijo?

NEOPTÓLEMO.- El momento actual nos invita a considerar la partida no como algo distante, sino cercano.

FILOCTETES.- (*Echándole los brazos en actitud de súplica*.) ¡Por tu padre, por tu madre, oh hijo, por lo que te es más querido en la casa!, me dirijo a ti como a un suplicante, no me dejes así solo,

abandonado en medio de estas desgracias en las que me ves y con las que has oído que vivo. Considérame como algo añadido. Es mucha la repugnancia que causa esta carga, lo sé. Sin embargo, sopórtala. Para los hombres bien nacidos, lo moralmente vergonzoso es aborrecible y lo virtuoso es digno de gloria. Si dejas de hacer esto, será una vergüenza infamante, pero si lo haces, oh hijo, tendrás el mayor privilegio de una buena fama, si yo llego vivo a la tierra etea. ¡Ea, el tormento no será cosa de más de un día!

Atrévete, méteme donde quieras si me llevas, en la sentina, en la proa, en la popa, donde menos vaya a molestar a los marineros. Accede, ¡por el mismo Zeus suplicante!, hijo, déjate persuadir. Yo me postro ante tus rodillas aunque esté debilitado, infortunado, por mi cojera. No me dejes así abandonado, lejos de toda huella de los hombres, sino, por el contrario, sálvame, llevándome hasta tu patria o hasta la residencia de Calcodonde en Eubea. El trayecto desde allí no me será largo as hasta el Eta y hasta la cordillera traquinia,

o hasta el Esperqueo de hermosa corriente²⁸, para que me pongas a la vista de mi amado padre, de quien hace tiempo que temo se me haya muerto. Muchas veces, con los que llegaban, le enviaba demandas suplicantes de que, haciendo venir a su propia escuadra, me llevara a salvo a casa. Pues bien, o ha muerto, o es -creó- cosa de los intereses de los mensajeros, como es natural, quienes tenían en muy poco lo que a mí concierne y apresuraban el viaje hacia su patria. Ahora me llego a ti para que seas mi acompañante y, en tu misma persona, mi mensajero. Sálvame tú, apiádate tú de mí. Considera que todo es digno de ser temido e inseguro para los hombres y, si una vez lo pasan bien, otras es al contrario. Hay que tener en cuenta los peligros cuando se está alejado de los pesares y cuando alguien vive felizmente: entonces es, principalmente, cuando debe cuidar de que su vida no se le eche a perder sin advertirlo.

CORO.-

Antístrofa.

Apiádate, Señor. Nos ha hablado de numerosas pruebas de sufrimientos difícilmente soportables. ¡Que con ésos ninguno de los míos se tope! Y si odias a los aborrecibles Atridas, señor, yo, por mi parte, cambiando el mal que aquéllos te hicieron por un provecho para éste, en rápida y bien

510

520

²³ Diomedes, hijo de Tideo, rey de Argos, héroe valiente, pero violento y orgulloso. Lo trae a colación para reforzar la opinión negativa que tiene sobre Odiseo, de quien es colaborador en las maquinaciones. En el v. 570 lo veremos embarcado con Odiseo en persecución de Filoctetes. En el perdido *Filoctetes* de Eurípides era Diomedes el que acompañaba a Odiseo en lugar de Neoptólemo.

²⁴ Es hijo de Néstor, a quien acompañó a la guerra de Troya. Murió, según versiones, a manos de Héctor o por una flecha de Paris.

²⁵ Sentencia que encontramos en Sófocles (Frag. 652), Anacreonte (Fr. 101).

²⁶ Alude a la historia de Sísifo, personaje astuto y sin escrúpulos. Ordenó a su esposa, en secreto, que no le tributara los honores fúnebres acostumbrados. Al llegar junto al Hades, éste le preguntó la causa de que hubiera llegado sin ellos, y él se quejó de la conducta impía de su mujer y le pidió permiso para volver a la tierra y castigarla. El dios se lo concedió, pero después no regresó y vivió muchos años.

²⁷ No es una localización geográfica ajustada al verdadero lugar donde reside Filoctetes.

²⁸ Estos tres accidentes geográficos son lo más destacado del país de Filoctetes.

equipada nave le conduciría allí donde precisamente está deseando ir, a su patria, escapando a la venganza divina.

NEOPTÓLEMO.- Mira, no te presentes ahora como alguien condescendiente, y luego, cuando estés harto por la cercanía de la enfermedad, no te muestres ya el mismo que ahora en estas palabras.

CORIFE0.- Ni mucho menos. De ningún modo tendrás que dirigir justamente contra mí este reproche.

NEOPTÓLEMO.- Pues bien, sería en verdad vergonzoso que yo me mostrara más remiso que tú en esforzarme por el extranjero en lo que necesita. ¡Ea!, si parece bien, hagámonos a la mar, que él se embarque rápidamente. La nave lo llevará y no se negará. Que los dioses nos concedan sólo salir sanos y salvos de esta tierra y, desde aquí, navegar adonde queramos.

530 FILOCTETES.- ¡Oh el más querido día, dulcísimo varón, queridos marineros!

¿Cómo podría yo mostraros con acciones que en mí contáis con un amigo? Partamos, hijo, después de que los dos saludemos la morada: inhóspita del interior, para que seas con qué me he mantenido y cuán animoso he sido. Pues creo que nadie, excepto yo, hubiera soportado tener siempre ante los ojos tan sólo este espectáculo. Yo, sin embargo, por necesidad, he aprendido pronto a aceptar las desgracias.

(Se dispone a entrar en la cueva.)

540 CORIFE0.- Deteneos. Vamos a informarnos, pues, dos hombres, el uno un marinero de tu nave, el otro un extranjero, avanzan hacia aquí. Después de oírles, entraréis de nuevo.

(*Entra el mercader conducido por un marinero.*)

MERCADER.- Hijo de Aquiles, a este compañero que, junto a otros dos, hacía guardia en tu nave le pedí que me dijera dónde podías estar, ya que lo encontré, sin pensarlo cuando, por un azar, fui precipitado hacia esta tierra. Navegaba como capitán con reducida tripulación desde Ilión hacia mi patria, a Pepareto²⁹, la rica en vides, y cuando oí que todos estos marinos navegaban a tus órdenes, me pareció oportuno no continuar en silencio mi viaje sin hablar contigo antes y obtener así la recompensa. Tú no sabes nada acerca de las cosas que te conciernen, de los proyectos nuevos que sobre ti tienen los argivos, y no sólo proyectos, sino acciones llevadas a cabo y que no han sido descuidadas.

550 NEOPTÓLEMO.- El agradecimiento por tu solicitud, extranjero, si no soy yo un mezquino, perseverará obligado. Pero háblame de eso a lo que precisamente has aludido, para que yo conozca qué nuevo designio de los argivos me anuncias.

MERCADER.- El anciano Fénix y los hijos de Teseo han zarpado en tu busca con una expedición naval.

NEOPTÓLEMO.- ¿Para llevarme a la fuerza, o con razonamientos?

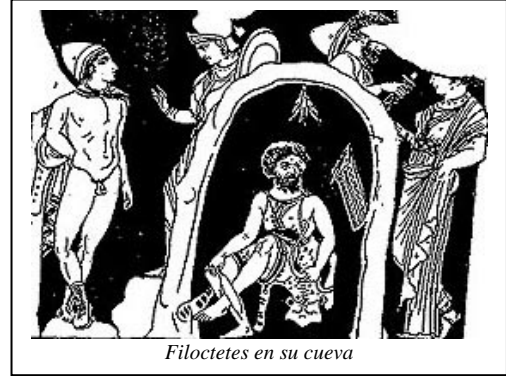
MERCADER.- No lo sé. Por haberlo oído me presento a anunciártelo.

NEOPTÓLEMO.- ¿Y Fénix y sus marineros hacen esto con tanto celo en favor de los Atridas?

MERCADER.- Puedes estar seguro de que esto son ya hechos y no propósitos.

560 NEOPTÓLEMO.- ¿Y cómo es que Odiseo, ante esto, no estaba dispuesto a embarcarse y traer personalmente la noticia? ¿O algún temor le detenía?

MERCADER.- Él y el hijo de Tideo



Filoctetes en su cueva

se preparaban para salir a por otro hombre cuando yo me hice a la vela.

NEOPTÓLEMO.- ¿Y en busca de qué clase de hombre se hace a la mar Odiseo en persona?

MERCADER.- Era un tal... (*Reparando en Filoctetes.*)

Pero antes dime quién es éste, y lo que contestes, que no sea en alta voz.

NEOPTÓLEMO.- Éste es el ilustre Filoctetes, extranjero.

MERCADER.- No me hagas más preguntas, sino que, cuanto antes, recoge y parte apresuradamente de esta tierra.

FILOCTETES.- ¿Qué dices, oh hijo? ¿Qué está negociando contigo a medias palabras el marinero respecto a mí?

580 NEOPTÓLEMO.- No sé aún lo que dice. Es preciso que él diga abiertamente, ante ti, ante mí y ante éstos, lo que quiera.

MERCADER.- ¡Oh hijo de Aquiles! No me indispongas con el ejército por decir lo que no es oportuno. Yo recibo de ellos, en pago a los servicios que un pobre hombre como yo presta, muchos bienes.

NEOPTÓLEMO.- Yo soy enemigo de los Atridas. Éste es mi mejor amigo, precisamente porque odia a los Atridas. Así que, si tú vienes con sentimientos amistosos para mí, no debes ocultar ante nosotros ninguna de las palabras que has escuchado.

MERCADER.- Considera lo que te propones, hijo.

NEOPTÓLEMO.- Lo vengo considerando desde hace rato.

MERCADER.- Te haré responsable de esto.

590 NEOPTÓLEMO.- Hazlo, pero contesta.

MERCADER.- Hablaré: en busca de ése navegan los dos que me has oído decir, el hijo de Tideo y Odiseo, tras jurar que lo traerían, bien después de persuadirle con razones, bien por el poder de la violencia. Y todos los aqueos oyeron claramente a Odiseo decir esto. Pues él estaba más resuelto a llevarlo a cabo que el otro.

600 NEOPTÓLEMO.- ¿Y cuál es el motivo de que los Atridas se vuelvan a preocupar tras tanto tiempo de éste, a quien habían desechado ya desde hace mucho?

¿Qué ansia se ha apoderado de ellos? ¿Qué coacción, qué venganza de los dioses que castigan las malas acciones?

MERCADER.- Yo te lo explicaré todo, pues tal vez no lo has oído. Había un adivino de noble linaje, hijo de Príamo y de nombre Heleno. A éste Odiseo, el que se oye llamar vergonzosas y ultrajantes palabras, una vez que salió solo durante la noche, le capturó con engaños. Llevándole atado, le mostró en medio de los aqueos como codiciada presa³⁰. Él fue quien les profetizó todas las demás cosas y, entre otras,

²⁹ Pequeña isla del Egeo cercana a Tesalia.

³⁰ Heleno, hermano gemelo de Casandra y, como ella, con poderes proféticos. Calcante, el adivino aqueo, había anunciado que sólo

que nunca destruirían la ciudadela de Troya, si no persuadían a éste para llevarle allí desde esta isla en la que ahora habita. Tan pronto como el hijo de Laertes oyó al adivino decir esto, prometió que se presentaría ante los aqueos con este hombre. Creía, sobre todo, poderle coger sin que opusiera resistencia, pero, si no quería, en contra de su voluntad. Y, si no lo conseguía, permitía a quien quisiera de ellos que le cortara la cabeza. Ya has oído, todo. A ti y a él os aconsejo apresuraros,

620 si es que algún interés tienes por él.
 FILOCTETES.- ¡Ay de mí, infortunado! ¿Es verdad que aquél, la maldad absoluta, juró que me llevaría ante los aqueos después de persuadirme? De igual manera me dejaría convencer para, una vez muerto, volver desde el Hades a la luz, como el padre de aquél.
 MERCADER.- Yo no conozco estas cosas. Me voy a la nave. Que la divinidad os ayude a los dos lo mejor posible.
 (El mercader se va.)
 FILOCTETES.- ¡Oh, hijo! ¿No es ciertamente horrible que el hijo de Laertes esté esperando a desembarcarme con suaves palabras y a mostrarme en medio de los

630 argivos?
 No, antes escucharía a la que me es más odiosa, a la víbora que me ha dejado así impedido. A aquél le es posible decir todo y a todo se atreve. Ahora sé que llegará. Así que, hijo, partamos de suerte que un extenso: mar nos separe de la nave de Odiseo. Vayamos. La prisa cuando ha cesado el esfuerzo nos trae sueño y reposo en el momento oportuno.
 NEOPTÓLEMO.- Cuando el viento de proa amaine, entonces nos haremos a la mar. Ahora nos es

640 contrario.
 FILOCTETES.- Siempre hay viento favorable cuando se huye de peligros.
 NEOPTÓLEMO.- No, pues también para ellos les es éste contrario.
 FILOCTETES.- No es contrario el viento a los bandidos cuando están dispuestos a robar y a saquear por la fuerza.
 NEOPTÓLEMO.- Si te parece bien, partamos, después de que tomes de dentro lo que principalmente te sea de utilidad y eches en falta.
 FILOCTETES.- Sí, allí está lo que necesito, aunque no hay mucho de dónde elegir.
 NEOPTÓLEMO.- ¿Qué es lo que hay que no encuentres en mi nave?

650 FILOCTETES.- Una planta con la que adormezco siempre mi herida hasta calmarla por completo.
 NEOPTÓLEMO.- Llévatela, pues. ¿Qué quieres coger más?
 FILOCTETES.- Alguna de estas flechas si por descuido he dejado extraviada, para impedir que alguien la coja.
 NEOPTÓLEMO.- ¿Ése que ahora tienes es el famoso arco y flechas?
 FILOCTETES.- Éste, pues no hay otro, que llevo en mis manos.
 NEOPTÓLEMO.- ¿Es posible verlo de cerca, agarrarlo con mis manos y adorarlo como a un dios?
 FILOCTETES.- Para ti, oh hijo, se encontrarán disponibles éste y cualquier otra cosa que te convenga de las mías.

660 NEOPTÓLEMO.- Ciertamente que lo deseo. Pero mi

él podría revelar en qué condiciones sería posible la toma de Troya. Odiseo ordena al mercader que de esta noticia para convencer a Filoctetes de su próxima llegada y acelerar así la partida del héroe con Neoptólemo hacia Grecia, cuando, en realidad, será a Troya, según han planeado.

deseo tiene estos límites:
 si me es lícito, lo quiero; si no, olvídale.
 FILOCTETES.- Empleas piadoso lenguaje, hijo, y te es lícito porque tú solo me has permitido contemplar la luz es del sol, ver la tierra etea, a mi anciano padre, a los míos; porque a mí, que estaba bajo el poder de mis enemigos, me levantaste por encima. Ten confianza, lo tendrás a tu disposición, de modo que puedas cogerlo y devolverlo al que te lo presta y ufanarte por ser el único de los mortales que, gracias a su virtud, puede tocarlo.
 Por rendir un favor lo obtuve yo también.
 NEOPTÓLEMO.- No me pesa haberte conocido y haberte tomado por amigo. Aquel que sabe hacer un favor por haberlo recibido antes llega a ser un amigo mejor que otro bien cualquiera. Entra, si quieres.
 FILOCTETES.- Y tú entrarás conmigo. Mi situación de enfermo te requiere como protector.
 (Entran los dos en la cueva.)
 CORO.-
 Estrofa 1ª
¡He oído contar -no lo he visto- que el poderoso hijo de Crono, al que se acercó una vez al lecho de Zeus, Eso lo retuvo atado a una rueda que giraba³¹. Sin embargo, de ningún otro mortal conozco por haberlo
 670 *oído o por haberlo visto*
que se haya encontrado con un destino peor que el de éste, el cual, sin haber forzado a nadie ni haberle robado, antes bien, siendo ecuánime con los que lo eran con él³², parece tan indignamente. Esto me tiene admirado: cómo en esta soledad, oyendo el estruendo de las olas que batían a su alrededor, cómo pudo soportar una vida tan lamentable.
 680 Antístrofa 2ª
El mismo era su propio vecino, sin poder andar y sin que ningún lugareño fuera compañero de sus desgracias, ante el cual pudiera proferir un lamento que encontrara respuesta, lamento provocado por la sangrienta herida que le devoraba cruelmente. Y no había quien mitigara el ardiente flujo de sangre que rezumaba de las llagas del ulcerado pie, cada vez que le sobrevenía, con calmantes hierbas cogidas de la fecunda tierra.
 690 *Él iba de un sitio a otro arrastrándose, como un niño separado de su nodriza, allí donde hubiera recursos a su alcance, cuando cedía el mal que atenazaba su ánimo.*
 Estrofa 2ª
No recogía para su alimento el grano de la sagrada tierra, ni otros productos que cultivamos los hombres comedores de pan³³, a no ser que, por medio de las rápidas flechas de su certero arco,
 700 *se procurara algún alimento a su estómago. ¡Oh ser desgraciado, que por un tiempo de diez años no disfrutó de beber vino escanciado³⁴, sino que, observando dónde podría descubrir un estanque de agua, a ella se tenía que dirigir siempre³⁵!*
 Antístrofa 2ª
Y ahora que se ha encontrado con el hijo de valientes varones³⁶ será, por fin, feliz y poderoso al salir de esos males.
 720

³¹ Historia de Ixión, traída aquí como ejemplo de atroz castigo. Habiéndolo acogido Zeus como suplicante, intentó seducir a su esposa Hera. Como castigo Zeus lo ató a una rueda ardiente y lo lanzó por los aires.

³² Esta norma de conducta que le atribuyen a Filoctetes forma parte de los valores ideales de la vida para el hombre ateniense.

³³ Epíteto que ya encontramos en Homero (*Odisea* XIII v. 216).

³⁴ Señal de una vida social refinada.

³⁵ Los marineros, gente sencilla, están impresionados sobre todo por las privaciones físicas a que está sometido Filoctetes.

³⁶ Aquiles y Peleo.

Éste, después de un buen número de meses en su nave surcadora del mar, le conducirá a la morada paterna de las ninfas meliadas y a las riberas del Esperqueo, donde el varón de bronceo escudo³⁷ se acercó a los dioses radiante por el divina resplandor, por encima de las alturas del Eta.

(Salen de la gruta Neoptólemo y Filoctetes. Éste se detiene de pronto aquejado de un repentino mal.)

- 730 NEOPTÓLEMO.- Avanza, si quieres. ¿Por qué te callas así sin ninguna razón y te quedas pasmado?
- FILOCTETES.- ¡Ah, ah, ah!
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué ocurre?
- FILOCTETES.- Nada que sea terrible. Pero ve, oh hijo.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Es que notas dolor por la enfermedad que te aqueja?
- 740 FILOCTETES.- No, de verdad, antes bien, me parece estar sintiendo alivio. ¡Oh dioses!
- NEOPTÓLEMO.- ¿Por qué llamas a los dioses gritando de esta manera?
- FILOCTETES.- Para que vengan a nosotros salvadores y benévolos. ¡Ah, ah, ah!
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué sufrimientos tienes? ¿No vas a decirlo,
- 750 en lugar de quedarte así, en silencio? A lo que parece te encuentras en un apuro.
- FILOCTETES.- Estoy perdido, hijo, y no voy a poder disimular mi mal ante vosotros. ¡Ay, ay! ¡Me invade, me invade, pobre de mí, ay, desdichado de mí! ¡Estoy perdido, hijo, me siento devorado, hijo! ¡Ay, aay, aay! ¡Oh oh, por los dioses! Si tienes una espada a mano, hijo, hiéreme en el pie, córtamelo cuanto antes. No andes con miramientos por mi vida. ¡Ea, oh hijo!
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué nuevo padecimiento te sobreviene, así, de repente, que te hace dar tantos gritos de dolor y lamentos?
- FILOCTETES.- ¿Sabes, oh hijo?
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué?
- FILOCTETES.- ¿Sabes, muchacho?
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué te pasa? No lo sé.
- FILOCTETES.- ¿Cómo no lo sabes? ¡Ay, aay!
- NEOPTÓLEMO.- Es terrible el peso de tu enfermedad.
- FILOCTETES.- Verdaderamente terrible y no se puede describir. Apíadate de mí.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué tengo que hacer, pues?
- FILOCTETES.- Aunque te espantes, no me abandones. Pues ésta³⁸ llega después de algún tiempo, tal vez cuando se ha hartado de sus correrías.
- NEOPTÓLEMO.- ¡Ah, ah, desdichado tú, desdichado, en verdad, te muestras por sufrimientos de todo tipo!
- 760 ¿Quieres que te agarre y te coja?
- FILOCTETES.- No, eso ciertamente que no, sino que, sujetándome este arco, como hace un momento me pedías, en tanto remita esta crisis actual de mi enfermedad, consérvalo y custódialo. Pues el sueño se apodera de mí cuando este dolor sale fuera, y no es posible que cese antes. Es necesario dejarme dormir tranquilo. Si durante este tiempo vienen aquéllos³⁹, ¡por los dioses!, te ordeno
- 770 que ni por las buenas ni por las malas, ni bajo ningún concepto, lo dejes en sus manos. ¡No vayas a ser tu propio asesino al tiempo que el mío, que soy tu suplicante!
- NEOPTÓLEMO.- Tranquilízate en lo que a mi prudencia se refiere. No será confiado sino a ti y a mí.
- 780 ¡Entrégamelo y que nos acompañe la suerte!

FILOCTETES.- Helo aquí, recíbelo, hijo. Respeta la envidia de los dioses⁴⁰. Que él no te ocasione grandes penas como a mí y al que lo poseyó antes que yo.

NEOPTÓLEMO.- ¡Oh dioses, que esto se cumpla para nosotros dos y que tengamos una travesía favorable y rápida

adonde la divinidad quiera y adonde quede cumplido nuestro objetivo⁴¹.

FILOCTETES.- Temo, oh hijo, que tu súplica sea vana, pues de nuevo la oscura sangre que brota del interior está fluyendo, y sospecho alguna novedad. ¡Ay, ay! ¡Ay tos de nuevo! ¡Oh pie! ¡Qué dolores vas a causarme! Está próximo, se acerca, ¡desdichado de mí! Ya sabéis de qué se trata. De ningún modo huyáis, ¡ay, ay!

¡Oh extranjero cefalonio⁴²! ¡Ojalá este dolor te alcanzara atravesándote el pecho! ¡Uy, uy de nuevo! ¡Ah, los dos jefes, Agamenón, Menelao! ¿Cómo podría ser que vosotros en lugar de mí tuvierais esta enfermedad por igual tiempo? ¡Ay de mí! ¡Oh muerte, muerte! ¿Por qué, si así te llamo sin cesar, día tras día, no puedes llegarte alguna vez? ¡Oh hijo, generoso por tu raza! Ea, cógeme y quémame en este celebrado fuego lemnio⁴³.

¡Oh nobles amigo! Yo también en otro tiempo consideré un deber hacer esto al hijo de Zeus⁴⁴ a cambio de las armas que ahora tú guardas. ¿Qué contestas, hijo? ¿Qué dices? ¿Por qué guardas silencio? ¿En dónde estás?

NEOPTÓLEMO.- Sufro desde hace rato, mientras lamento las desgracias que te afligen.

FILOCTETES.- Ea, hijo mío, ten ánimo; piensa que este mal se me presenta penetrante, pero se va rápidamente. Pero, ¡te lo suplico!, no me dejes solo.

NEOPTÓLEMO.- Ten confianza. Nos quedaremos.

FILOCTETES.- ¿Te quedarás de verdad?

810 NEOPTÓLEMO.- Puedes estar seguro.

FILOCTETES.- Ni siquiera creo conveniente obligarte por juramento, hijo.

NEOPTÓLEMO.- Porque no es lícito que yo me vaya sin ti.

FILOCTETES.- Dame la mano como garantía.

NEOPTÓLEMO.- Te la doy como señal de que me quedaré.

(Filoctetes señala con la mano la cueva para que le conduzca allí Neoptólemo. Éste parece no entender.)

FILOCTETES.- Allí, ahora, a mí, allí.

NEOPTÓLEMO.- ¿Adónde dices?

FILOCTETES.- Arriba.

NEOPTÓLEMO.- ¿Qué deliras de nuevo? ¿Por qué diriges la mirada al cielo?

FILOCTETES.- Suelta, suéltame.

NEOPTÓLEMO.- ¿Por cuánto tiempo te suelto?

FILOCTETES.- Suéltame por un momento.

NEOPTÓLEMO.- Digo que no te dejaré.

FILOCTETES.- Me perderás si me tocas.

NEOPTÓLEMO.- Te dejaré libre, si es que ya eres más prudente.

820 830 FILOCTETES.- ¡Ah, tierra, recíbeme moribundo como estoy, pues este mal ya no me permite tenerme en pie! (Filoctetes se va quedando dormido.)

⁴⁰ El recibir el arco era un honor demasiado grande y Filoctetes le sugiere que con palabras o gestos muestre su temor para alejar de sí la envidia divina que, le recuerda, primero alcanzó a Heracles y luego a él mismo (*Traquinias* v. 265, v. 714).

⁴¹ Ambigüedad trágica.

⁴² Odiseo.

⁴³ El volcán Mosislo está en la isla de Lemnos, de naturaleza volcánica, vinculada a Hefestos, dios del fuego. Significa un fuego violento.

⁴⁴ Heracles.

³⁷ Heracles.

³⁸ La enfermedad concebida como una fiera salvaje.

³⁹ Odiseo y Diomedes.

NEOPTÓLEMO.- Parece que el sueño se va a apoderar de él sin que pase mucho tiempo. La cabeza está tendida boca arriba. El sudor le inunda todo su cuerpo, y se ha reventado una vena que chorrea oscura sangre en el extremo del pie. Vamos, dejémosle tranquilo, amigos, para que se sumerja en el sueño.

CORO.-

Estrofa.

Sueño que no sabes de dolores ni de sufrimientos, llégate propicio a nosotros, haznos felices, haznos felices, oh señor, y mantén ante sus ojos esa radiante serenidad que ahora se ha extendido.

Ven, ven liberador. (A Neoptólemo.) Y tú, oh hijo, mira qué decides, adónde te diriges y cómo vas a salir de esta preocupación. ¿Ves? Duerme. ¿A qué aguardamos para ponernos en marcha? La oportunidad, que tiene conocimiento de todas las cosas, consigue una gran victoria en el acto.

NEOPTÓLEMO.- *En verdad que éste no se da cuenta de nada, pero yo sé que en vano habremos logrado capturar este arco si nos hacemos a la mar sin él. La gloria es de él, a él es a quien el dios dijo que lleváramos. Es un oprobio deshonoroso jactarse de hazañas incompletas y acompañadas de falsedades.*

840

CORO.-

Antístrofa.

Pero de esto, hijo, el dios, por su parte, se cuidará, y tú, lo que de nuevo me quieras contestar, dímelo, oh hijo,

850

en voz baja, muy baja. Porque en la enfermedad el sueño no es verdadero sueño: tiene buena disposición para percibir. Mira cómo harás a ocultar lo mejor posible aquello, sí, aquello. Sabes de qué hablo. Si tienes la misma opinión respecto a éste, muchas dificultades insalvables prevén los hombres sagaces.

Epodo.

El viento es favorable, hijo, favorable. Nuestro hombre tiene los ojos cerrados y sin posibilidad de defenderse. Yace inmerso en su noche intenso es el sueño al sol del mediodía. No domina sus brazos, ni pies, ni ningún miembro,

860

sino que está como quien yace en el Hades. Cuida, mira si tus palabras son oportunas⁴⁵. Por lo que a mi razón se alcanza, hijo, el trabajo que se hace sin temor es el mejor.

(Filoctetes se despierta.)

NEOPTÓLEMO.- Te ordeno que guardes silencio y que no vayas más allá de lo razonable. Nuestro hombre mueve los ojos y levanta la cabeza.

FILOCTETES.- ¡Oh resplandor del sol que sucedes al sueño! ¡Oh custodia de estos extranjeros, en la que mis esperanzas creían! Nunca hubiera yo supuesto, oh hijo, que te resignaras a seguir tan compasivamente a mi

870

lado, ante mis sufrimientos, prestándome tu ayuda. Los Atridas, sin embargo, no pudieron soportarlo tan pacientemente, ¡los valientes jefes del ejército! Pero tu sangre es noble y eres nacido de nobles, y consideraste, todo esto fácil, aun estando agobiado por los gritos y el mal olor. Ahora, cuando parece que existe un momento de respiro y de tregua en mi enfermedad, hijo, levántame tú en persona, ayúdame a restablecerme, muchacho, a fin de que, cuando la fatiga se aleje de mí,

880

nos dirijamos a la nave y no retrasemos la navegación.

890

NEOPTÓLEMO.- Me alegro de verte vivo y respirando

aún, libre de dolor, ya que los síntomas de los sufrimientos que te aquejaban parecían los de quien ya no vive. Ahora levántate tú mismo, o, si lo prefieres, éstos te transportarán. No vacilarán ante el trabajo, si es que a ti y a mí nos ha parecido bien hacerlo así.

FILOCTETES.- Te lo agradezco, hijo mío. Levántame o como piensas,

deja a éstos, no sea que se sientan molestos antes de lo debido por el mal olor. Bastante fastidio les será habitar conmigo en la nave.

NEOPTÓLEMO.- Así será. Ea, levántate y sostente por ti mismo.

FILOCTETES.- Tranquilo, la larga costumbre me tendrá derecho.

(Empiezan a caminar, pero Neoptólemo se detiene de repente.)

NEOPTÓLEMO.- ¡Ah, ah! A partir de este momento, ¿qué debería hacer yo?

FILOCTETES.- ¿Qué ocurre, hijo, adónde quieres ir a parar con tus palabras?

NEOPTÓLEMO.- No sé adónde debo dirigir una embarazosa resolución.

FILOCTETES.- ¿Por qué estás tú angustiado? No hables así, hijo.

NEOPTÓLEMO.- Es que me encuentro ya en una situación de angustia.

FILOCTETES.- ¿No será la repugnancia por mi enfermedad

lo que te ha persuadido para no llevarme ya como pasajero?

NEOPTÓLEMO.- Todo produce repugnancia cuando uno abandona su propia naturaleza y hace lo que no es propio de él.

FILOCTETES.- Pero tú no haces ni dices nada que te aparte del que te engendró⁴⁶ por ayudar a un hombre noble.

NEOPTÓLEMO.- Voy a quedar como un infame. Esto me atormenta desde hace rato.

FILOCTETES.- No temo, ciertamente, por lo que obras, sí por tus palabras.

NEOPTÓLEMO.- ¡Oh Zeus!, ¿qué voy a hacer? ¿Por segunda vez seré considerado un malvado si oculto lo que no debo y si digo las más infamantes palabras?.

FILOCTETES.- Este hombre⁴⁷, si mi juicio no es incierto, parece que va a hacerse a la mar después de traicionarme y dejarme abandonado.

NEOPTÓLEMO.- No partiré tras abandonarte, sino más bien te llevaré a disgusto, y por eso estoy atormentado desde hace rato.

FILOCTETES.- ¿Qué dices, oh hijo? No comprendo.

NEOPTÓLEMO.- Nada te voy a ocultar: es necesario que tú navegues a Troya, junto a los aqueos y a la flota de los Atridas.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! ¿Qué has dicho?

NEOPTÓLEMO.- No te lamente antes de enterarte.

FILOCTETES.- ¿De qué he de enterarme? ¿Qué piensas hacer conmigo?

NEOPTÓLEMO.- En primer lugar, curarte esta enfermedad y luego, ir a devastar la llanura de Troya con tu ayuda.

FILOCTETES.- ¿Piensas hacer esto de verdad?

NEOPTÓLEMO.- Una imperiosa necesidad exige estas cosas. No te enojos por oírme.

FILOCTETES.- ¡Estoy perdido, infortunado, he sido traicionado! ¿Qué me has hecho, oh extranjero⁴⁸?

⁴⁵ Las palabras que ha dicho anteriormente (v. 839). El coro teme que esto sea una imprudencia y le recomienda que, teniendo el arco en su poder, se embarque.

⁴⁶ La naturaleza noble es algo que se hereda.

⁴⁷ El paso a tercera persona marca una amarga indignación.

⁴⁸ Hay que notar que desde el v. 219 no había vuelto a dirigirse a Neoptólemo. Expresa desencanto y distanciamiento.

¡Devuélveme al punto mi arco!

NEOPTÓLEMO.- No es posible. La justicia y la conveniencia me obligan a obedecer a los que están en el poder.

FILOCTETES.- ¡Oh tú, fuego⁴⁹, ser totalmente espantoso y abominable modelo de funesta perfidia! ¿Qué has hecho conmigo? ¿Cómo me engañaste! ¿No sientes vergüenza de mirarme, a mí que me he vuelto a ti, a tu suplicante, oh miserable?

930

Me has quitado la vida arrebatándome el arco.

Devuélvemelo, te lo suplico, devuélvemelo, te lo imploro, hijo. ¡Por los dioses paternos, no me prives de mi medio de vida! ¡Ay de mí, miserable! Ni siquiera me habla, sino que mira así a otra parte en actitud de no querer devolverlo. ¡Oh calas, oh promontorios, oh animales salvajes de las montañas con las que yo vivía! ¡Oh abruptas rocas! Ante vosotros -pues a ningún otro conozco con quien pueda hablar-, ante vosotros, que estáis acostumbrados a asistirme, me lamento a gritos de los hechos que el hijo de Aquiles me infirió.

940

Después de jurarme que me conduciría a casa, me lleva a Troya. Y aunque había tendido, además, como prenda la mano derecha, se guarda el sagrado arco de Heracles, el hijo de Zeus, del que se había apoderado, y pretende exhibirlo entre los argivos. Y a mí mismo quiere llevarme por la fuerza, como si hubiera prendido a un hombre vigoroso, sin darse cuenta de que ha destruido un cadáver, una sombra de humos, una mera apariencia. ¡De estar yo fuerte no se hubiera apoderado de mí, ya que, ni siquiera estando así, me hubiera cogido si no es con engaño! He sido engañado, ¡desgraciado!, ¿qué debo hacer? Conque devuélvemelo. Aún estás a tiempo de volver a convertirme en ti mismo.

950

¿Qué dices? ¿Callas? ¡Nada soy, desdichado! ¡Oh tú, entrada doble de la gruta, otra vez me vuelvo a ti desarmado, sin recursos. Me iré consumiendo en esta cueva, abandonado, sin poder matar con ese arco pájaros ni montaraces animales; al contrario, yo mismo, infortunado, tras mi muerte proporcionaré con mi persona un festín a aquellos de los que me solía alimentar, y entonces me cazarán a mí los que yo antes cazaba. Y de sangriento modo moriré, infortunado de mí, en represalia por la muerte de ellos, por obra de quien parecía no conocer el mal.

960

¡Ojalá mueras...! Pero aún no, no antes de saber si cambiarás de opinión otra vez. Y si es que no, ¡que tengas una mala muerte!

CORIFEO.- (*A Neoptólemo*.) ¿Qué vamos a hacer?

Depende de ti ya, señor, el que embarquemos o el que hagamos caso a las palabras de éste.

NEOPTÓLEMO.- Una profunda compasión por este hombre se ha apoderado de mí, y no ahora por primera vez, sino ya antes.

FILOCTETES.- Ten compasión, hijo mío, por los dioses. No consientas a los hombres ningún motivo de reproche contra ti por haberme engañado.

NEOPTÓLEMO.- ¡Ah! ¿Qué haré? ¡Ojalá que nunca hubiera abandonado Esciros! Tanto estoy a disgusto con esta situación.

970

FILOCTETES.- Tú no eres malvado. Parece que ha llegado a estas vilezas por aprender de perversos. Pero ahora, remitiéndolas a los otros como conviene, hazte a la mar cuando me hayas dado mis armas.

NEOPTÓLEMO.- ¿Qué hacemos, amigos?

(*Odiseo irrumpe en escena seguido de dos marineros.*)

ODISEO.- ¡Ah, hombre malvado! ¿Qué vas a hacer?

Retrocede y déjame este arco.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! ¿Quién es este hombre? Acaso estoy oyendo a Odiseo?

ODISEO.- Es Odiseo, entérate bien, el que tienes delante de los ojos.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! Estoy traicionado y perdido! Éste es, en verdad, quien me cogió y me despojó de mis armas.

980

ODISEO.- Yo, tenlo por seguro, y ningún otro. Estoy de acuerdo.

FILOCTETES.- Devuélvemelo, suelta, hijo, el arco.

ODISEO.- Esto jamás lo hará, ni aunque quiera; más bien es preciso que tú marches a la vez, o éstos te llevarán a la fuerza⁵⁰.

FILOCTETES.- ¡Oh tú, perverso entre los perversos, que estás más allá de toda desvergüenza! ¿Éstos van a llevarme a mí por la fuerza?

ODISEO.- Sí, si no vienes voluntariamente.

FILOCTETES.- ¡Oh tierra lemnia y resplandor todopoderoso producido por Hefesto! ¿Es, pues, tolerable que ése me aparte por la fuerza de vuestros reinos?

ODISEO.- Es Zeus, para que lo sepas, Zeus, que gobierna esta tierra, Zeus, el que, lo ha dispuesto así.

990

Yo estoy a sus órdenes.

FILOCTETES.- ¡Oh ser odioso! ¡Qué razones te has inventado! Poniendo por delante a los dioses, los haces mentirosos.

ODISEO.- No, al contrario, veraces. Pues debes seguir tu camino.

FILOCTETES.- Digo que no.

ODISEO.- Y yo que sí. Has de obedecer en esto.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí, infeliz! Está claro que nuestro padre nos engendró como esclavos y no como hombres libres.

ODISEO.- No, sino semejantes a los más valientes, junto con los que es preciso que tú tomes Troya y la devastes por la fuerza.

FILOCTETES.- Nunca, ni aunque tuviera yo que sufrir toda clase de males, mientras exista para mí el escarpado suelo que piso.

1000

ODISEO.- ¿Qué piensas hacer?

FILOCTETES.- Voy a ensangrentar al punto mi cabeza, precipitándome sobre las rocas desde las peñas de arriba.

ODISEO.- Prendedle para que no pueda hacerlo.

FILOCTETES.- Oh brazos apresados por este hombre, cuánto tenéis que soportar a falta del bien amado arco!

¡Oh tú, que no tienes ni un pensamiento sano ni elevado, cómo me has vuelto a engañar! ¡Cómo me has dado caza, tomando por pantalla a este joven, desconocido para mí, a quien tú no mereces, pero yo sí, y que no sabía más que cumplir lo ordenado,

1010

quien incluso evidencia ya a las claras que sufre de penoso modo por las faltas que ha cometido y por el mal que me hizo! Pero tu perverso ánimo, que está constantemente acechando desde los rincones, fue enseñando a ser diestro en infamias a quien era sencillo y no estaba dispuesto a cometerlas.

Y ahora, respecto a mí, desgraciado, tienes intención de sacarme atado⁵¹ de este promontorio en donde tú me arrojaste antes, sin amigos, abandonado, sin patria,

como un muerto entre vivos. ¡Ah! ¡Ojalá perezcas! En muchas ocasiones he pedido esto para ti, pero los dioses nada agradable me conceden,

1020

Y ahora, respecto a mí, desgraciado, tienes intención de sacarme atado⁵¹ de este promontorio en donde tú me arrojaste antes, sin amigos, abandonado, sin patria, como un muerto entre vivos. ¡Ah! ¡Ojalá perezcas! En muchas ocasiones he pedido esto para ti, pero los dioses nada agradable me conceden,

Y ahora, respecto a mí, desgraciado, tienes intención de sacarme atado⁵¹ de este promontorio en donde tú me arrojaste antes, sin amigos, abandonado, sin patria, como un muerto entre vivos. ¡Ah! ¡Ojalá perezcas! En muchas ocasiones he pedido esto para ti, pero los dioses nada agradable me conceden,

⁴⁹ Aplica a Neoptólemo el epíteto de fuego, que es símbolo de total destrucción. En estas consideraciones sobre su futuro, Filoctetes piensa que, al irse el joven con el arco, sólo le va a dejar desolación y destrucción.

⁵⁰ Los dos nuevos acompañantes de Odiseo.

⁵¹ Aún no lo estaba, pero adivina las intenciones de los marineros.

y, mientras tú disfrutas de vivir, yo me atormento por eso mismo, porque vivo entre abundantes desgracias, miserable, siendo objeto de burla por parte tuya y de los dos jefes hijos de Atreo, de quienes ahora tú estás cumpliendo órdenes. Sin embargo, tú, sólo obligado por la astucia y la fuerza⁵², te hiciste a la mar con ellos. En cambio de mí, ser totalmente desgraciado, que como marino navegué voluntariamente con siete naves, se deshicieron ignominiosamente, según tú dices, pero ellos dicen que tú.

Y ahora, ¿por qué me conducís? ¿Por qué me lleváis? ¿Con qué objeto? A mí, que nada soy y estoy muerto para vosotros desde hace tiempo.

1030 ¿Cómo es, oh ser aborrecido por los dioses, que ahora ya no me consideraréis un cojo pestilente? ¿Cómo das a los dioses si yo voy en la travesía? ¿Cómo hacer libaciones? Pues éste era para ti el pretexto para arrojarme. ¡Así pereceríais infamemente! Y pereceréis por haber sido injustos conmigo, si es que a los dioses les preocupa la justicia. Y sé que les preocupa, en efecto, ya; que en otro caso nunca hubierais hecho esta expedición por causa mía, desdichado, a no ser que un aguijón de origen divino os hubiera guiado en mi busca. Pero, ¡oh tierra paterna y dioses que todo lo

1040 veis!, castigadlos, castigadlos, aunque tarde, a todos ellos, si sentís alguna compasión por mí. Porque vivo lastimosamente, pero, si pudiera verlos muertos, me parecería que me habría liberado de mi dolencia.

CORIFEO.- El hombre está amargado y dice amargas palabras, Odiseo, que no ceden ni en sus desgracias.

ODISEO.- Podría contestar muchas razones a sus palabras si tuviera tiempo. Sólo puedo ahora dar una. Si se requiere a alguien de esa clase, yo soy ese tal, pero, donde se celebre un certamen de hombres justos

1050 y honestos, no podrías encontrar otro más concienzudo que yo. Mi natural me lleva, no obstante, a vencer en toda ocasión, excepto respecto a ti. Y ahora voy a ceder ante ti por mi voluntad. (A los marineros.) Soltadle y no le sujetéis ya. Dejad que se quede aquí. Además, no te necesitamos, teniendo como tenemos tus armas. Puesto que entre nosotros está Teucro⁵³, que es diestro en este arte, y yo mismo, que creo que no las manejaría peor que tú y las dirigiría con mi mano, ¿en qué, pues, te necesitamos? Pásalo bien recorriendo tu

1060 Lemnos. Nosotros nos vamos. Tal vez lo que es motivo para ti de gloria me conceda a mí una honra que eras tú el que debías conseguir.

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! ¿Qué haré, desdichado? ¿vas a aparecer tú entre los argivos provistos de mis armas?

ODISEO.- Nada me repliques ya, porque me voy.

FILOCTETES.- ¡Oh hijo de Aquiles! ¿Ya no voy a recibir de ti ni una palabra, sino que te marchas de este modo?

ODISEO.- (A Neoptólemo) Tú vete, no le dirijas la mirada, para que no echas a perder nuestra suerte a fuer de ser generoso.

1070 FILOCTETES.- (Al Coro) ¿Es que ante nuestra vista voy a ser dejado así, solo, oh extranjeros,

y no os apiadaréis de mí?

CORIFEO.- Este joven es quien tiene el mando de la nave. Cuanto él te diga te lo confirmamos también nosotros.

NEOPTÓLEMO.- (Al Coro.) Tendré que oír que éste (señalando a Odiseo) dice de mí que estoy lleno de compasión. A pesar de todo quedaos, si a él le parece bien, todo el tiempo que los marineros necesiten para disponer las cosas de la nave y nosotros para hacer plegarias a los dioses. Y tal vez entre tanto éste⁵⁴ conciba una forma de pensar más favorable para nosotros. Tú y yo partamos, y vosotros, cuando os llamemos, acudid rápidamente.

(Salen Odiseo y Neoptólemo.)

Estrofa 1ª

FILOCTETES.- ¡Ah, oquedad de la cavernosa roca, tan ardiente como helada! No voy a abandonarte nunca, infortunado de mí; antes bien, tú serás testigo de mi muerte. ¡Ay de mí, de mí! ¡Ah, desdichada gruta, la que está más ahíta de las penas mías! ¿Qué será de mí diario sustento? ¿De quién y de dónde me procuraré, desgraciado, esperanza de proveerme de alimento? Seguirán su camino por lo alto del cielo las aves a través del penetrante aire. Yo ya no lo impido⁵⁵.

1090

CORO.- Tú, sí, tú, oh malhadado, lo has querido. Y esta fortuna no viene de otro, de alguien más poderoso, ya que, siéndote posible entrar en razón, preferiste aceptar, en vez del destino mejor el peor.

1100

Antístrofa 1ª

FILOCTETES.- ¡Oh infortunado, infortunado de mí, maltratado también por la miseria! Sin habitar aquí con hombre alguno de ahora en adelante, pereceré. ¡Ay, ay! Sin proporcionarme ya alimentos procedentes de mis aladas armas, las que yo sujetaba con mis fuertes

1110

brazos. Pero las inesperadas y confusas palabras de un alma mentirosa se deslizaron en mí. ¡Ojalá viera yo que el que ha proyectado esto obtuviera por igual tiempo un sufrimiento como el mío!

CORO.- Un destino, un destino de los dioses, y no una trampa de mi mano⁵⁶, te ha alcanzado. Aplica a otros tu odiosa maldición portadora de fatal destino, pues a mí sólo me interesa que no rehúses mi amistad.

1120

Estrofa 2ª

FILOCTETES.- ¡Ay de mí! Sentado en cualquier punto de la playa ante el espumoso mar, se está riendo de mí, blandiendo en su mano mi medio de vida, desdichado, el arma que nadie alzó nunca. ¡Oh arco querido, arrebatado de mis manos! Probablemente estás viendo con piedad, si es que algún sentimiento tienes, que el amigo de Heracles en adelante no te utilizará ya y que, en sustitución, serás manejado por otro dueño, un hombre fecundo en ardid. Ser testigo de sus vergonzosos engaños y de cómo mi aborrecible enemigo, valiéndose de infamantes artes, hace brotar males sin cuento, cuantos él nunca proyectó contra mí.

1130

CORO.- Es propio del hombre decir razonablemente lo que es justo, pero, una vez dicho, no echar en cara palabras mortificantes que resulten odiosas. Y aquél⁵⁷, único designado para esto entre muchos, lo llevó a cabo cumpliendo órdenes como ayuda común para sus amigos.

1140

Antístrofa 2ª

⁵² Odiseo, a pesar de estar obligado por el juramento a Tindáreo, padre de Helena, trató de sustraerse a la obligación de ir a Troya fingiéndose loco. Para ello, araba unciendo un asno y un buey a la vez. Palamedes colocó delante del arado al pequeño Telémaco, hijo de Odiseo, y éste paró el arado, demostrando su cordura.

⁵³ Teucro, hijo de Telamón y hermano de Ajax, era considerado como el mejor arquero. Odiseo lo nombra aquí intencionadamente para excitar la emulación de Filoctetes, viejo y repetido ardid psicológicamente útil.

⁵⁴ Odiseo.

⁵⁵ Pues ya no cazaré.

⁵⁶ El coro se asocia a Odiseo y Neoptólemo.

⁵⁷ Odiseo. El Coro rehúsa ultrajar a Odiseo y le disculpa diciendo que sólo ha sido el agente de una decisión de toda la armada griega.

- FILOCTETES.- ¡Oh aladas presas y fieras de brillantes ojos a quienes esta región mantiene paciendo en sus montes! ¡No os alejéis ya a saltos huyendo de mi gruta! Pues no tengo en mis manos, ¡desgraciado de mí, las flechas
- 1150 que eran antes mi protección. ¡Oh, cuán desgraciado soy yo ahora! Este lugar no se guarda con cuidado, ya no tenéis que temerlo. Acercaos. Ahora es justo que, en pago de vuestras muertes, saciéis a placer vuestras fauces con mi amaratada carne. Pronto voy a dejar la vida. Porque, ¿de dónde obtendré los medios de subsistencia? ¿Quién puede alimentarse del aire sin poseer ya nada de cuanto envía la fértil tierra?
- 1160 CORO.- ¡Por los dioses! Si tienes alguna consideración con el extranjero que se te acerca lleno de buena voluntad, aproxímate. Pero enténdelo, enténdelo bien: en tus manos está escapar a este destino⁵⁸, pues es lamentable que lo alimentes, mientras seas incapaz de soportar el tremendo peso que lo acompaña.
- FILOCTETES.- De nuevo, de nuevo has mencionado un antiguo dolor,
- 1170 ¡oh tú, el mejor de los que han llegado antes! ¿Por qué me has matado? ¿Qué me has hecho?...
- CORO.- ¿Qué quieres decir?
- FILOCTETES.- ... si has concebido la esperanza de llevarme al aborrecido país de Troya
- CORO.- Porque creo que es esto lo mejor.
- FILOCTETES.- Abandonadme ya, en ese caso.
- CORO.- Me das una orden que me es grata, sí, grata, y gustoso la cumpliré. Vayamos, vayamos al puesto que
- 1180 tenemos asignado en la nave.
- FILOCTETES.- ¡Por Zeus que escucha a los suplicantes, no partáis, os lo suplico!
- CORO.- Modérate.
- FILOCTETES.- ¡Oh extranjeros, por los dioses, quedaos!
- CORO.- ¿Por qué gritas?
- FILOCTETES.- ¡Ay, ay, destino, destino! ¡Estoy perdido, miserable! ¡Oh pie, pie! ¿Qué haré contigo en lo que me queda de vida, infortunado? Extranjeros, llegaos de
- 1190 nuevo.
- CORO.- ¿Para qué? ¿Con un propósito diferente a los que antes manifestabas?
- FILOCTETES.- Nadie tiene la culpa de que, fuera de mí, a causa de tormentoso dolor, grite en contra del buen sentido.
- CORO.- Ven, pues, desgraciado, como te exhortamos.
- FILOCTETES.- Nunca, nunca, tenlo por seguro, ni aunque el señor del fuego⁵⁹, el que lanza el rayo, venga a inflamarme con las llamaradas de sus relámpagos. ¡Que muera Ilión⁶⁰ y los que están bajo sus muros,
- 1200 que todos ellos tuvieron el atrevimiento de despreciar este pobre mío! Pero, oh extranjeros, concededme un solo deseo.
- CORO.- ¿Qué es lo que quieres decirnos?
- FILOCTETES.- Hacedme llegar una espada, si hay alguna, o un hacha o un arma cualquiera.
- CORO.- ¿Qué acción violenta piensas llevar a cabo?
- FILOCTETES.- Voy a cortar de una vez mi cabeza y mis miembros con mi propia mano. De muerte, de muerte son ya mis pensamientos.
- CORO.- ¿Cuáles?
- 1210 FILOCTETES.- Ir en busca de mi padre.
- CORO.- ¿En qué país?
- 1220 FILOCTETES.- En el Hades. No está ya con vida. ¡Oh
- ciudad, oh ciudad paterna! ¿Cómo podría yo verte, desgraciado de mí, tras haber abandonado tu sagrada corriente para ir en ayuda de los aborrecidos dánaos? ¡Ya no soy nada!
- (Filoctetes entra en la cueva.)
- CORIFEO.- Hace rato que me hubiera marchado, y ya estaría cerca de la nave, si no hubiera visto que Odiseo se aproxima junto al hijo de Aquiles y vienen hacia aquí, en dirección a nosotros. (Entran Neoptólemo y Odiseo⁶¹ discutiendo.)
- ODISEO.- ¿No podrías decirme qué camino llevas con tanto apresuramiento, después de haber dado media vuelta?
- NEOPTÓLEMO.- Voy a enmendar cuantos yerros cometí antes.
- ODISEO.- Empleas extrañas palabras. ¿Cuál es la falta?
- NEOPTÓLEMO.- La de haberte obedecido a ti y a todo el ejército.
- ODISEO.- ¿Qué acción has cometido que no te convenía?
- NEOPTÓLEMO.- Someter a un hombre con engaños y embustes vergonzosos.
- ODISEO.- ¿A quién? ¿Es que has tomado una decisión inesperada?
- 1230 NEOPTÓLEMO.- Nada nuevo, pero al hijo de Peante...
- ODISEO.- ¿Qué piensas hacer? ¡Qué temor me invade!
- NEOPTÓLEMO.- de quien tomé este arco, de nuevo a mi vez...
- ODISEO.- ¡Oh Zeus! ¿Qué dices? ¿No estarás pensando en devolvérselo?
- NEOPTÓLEMO.- Sí, pues lo he obtenido de modo deshonesto y no lo poseo justamente.
- ODISEO.- ¡Por los dioses! ¿Es que dices esto para burlarte?
- NEOPTÓLEMO.- Sí, si es que es una burla decir la verdad.
- ODISEO.- ¿Qué dices, hijo de Aquiles, qué palabras has pronunciado?
- NEOPTÓLEMO.- ¿Quieres que repita las mismas cosas dos y tres veces?
- ODISEO.- En modo alguno hubiera querido oír las ni una sola vez siquiera.
- NEOPTÓLEMO.- Entérate bien: has oído ya todo lo que
- 1240 yo tenía que decir.
- ODISEO.- Hay alguien, lo hay, que te impedirá hacerlo.
- NEOPTÓLEMO.- ¿Qué dices? ¿Quién será el que me lo va a impedir?
- ODISEO.- Todo el ejército de los aqueos y yo a la cabeza.
- NEOPTÓLEMO.- Aunque eres sagaz por naturaleza, no has dicho nada ingenioso.
- ODISEO.- Tú eres el que ni dices cosas ingeniosas, ni tampoco tus acciones lo son.
- NEOPTÓLEMO.- Pero, si son justas, son preferibles a las ingeniosas.
- ODISEO.- Y ¿cómo va a ser justo devolverle de nuevo lo que has logrado gracias a mis consejos?
- NEOPTÓLEMO.- He cometido una falta vergonzosa y voy a intentar repararla.
- ODISEO.- Y, al hacerlo, ¿no temes al ejército de los
- 1250 aqueos?
- NEOPTÓLEMO.- Con la justicia de mi lado no siento el miedo a que te refieres.
- ODISEO.-
- NEOPTÓLEMO.- Ni siquiera a tu fuerza obedeceré para
- 1260 actuar.

⁵⁸ Si va a Troya será curado de la dolencia que le aqueja y de sus privaciones.

⁵⁹ Zeus.

⁶⁰ A Filoctetes no le importa que caiga Troya.

⁶¹ Es raro que entren dos actores a la vez (*Traquinias* v. 971, *Edipo en Colono* v. 1099).

ODISEO.- Entonces no lucharemos contra los troyanos, sino contra ti.

NEOPTÓLEMO.- Que ocurra lo que ha de suceder.

ODISEO.- ¿Ves mi mano derecha sobre la empuñadura?

NEOPTÓLEMO.- En ese caso, también a mí me verás hacer lo mismo y sin dilación.

ODISEO.- Te dejaré, pues. Pero, al llegar, lo contaré a todo el ejército y él se vengará de ti.

(*Odiseo se aleja.*)

NEOPTÓLEMO.- Has vuelto a tus cabales. Si sigues así de aquí en adelante estarás libre de lamentos.

(*Dirigiéndose hacia la cueva.*) Y tú, hijo de Peante, Filoctetes, sal, abandona este refugio rocoso.

FILOCTETES.- ¿Qué alboroto de voces se elevan otra vez ante mi cueva? ¿Por qué me llamáis? ¿Qué deseáis, extranjeros? (Aparece ante la entrada de la cueva y ve a Neoptólemo.) ¡Ay de mí! No es cosa buena. ¿Es que tal vez venís a causarme nuevos males, además de los que ya tengo?

NEOPTÓLEMO.- Tranquilízate y escucha las noticias que he venido a traerte.

FILOCTETES.- Siento miedo, pues también antes me fue mal con bellas razones, cuando me dejé convencer por tus palabras.

1270 NEOPTÓLEMO.- ¿Y es que no ha lugar a arrepentirse otra vez?

FILOCTETES.- De este modo te manifestabas también cuando me robaste el arco, leal pero funesto para tus adentros.

NEOPTÓLEMO.- Pero en verdad que no es éste el caso. Quiero oír de ti si estás decidido a resistir quedándote aquí o a navegar con nosotros.

FILOCTETES.- Detente, no digas más, porque en vano dirás todo lo que siga.

NEOPTÓLEMO.- ¿Así está decidido?

FILOCTETES.- Sí, y más firmemente, sábelo, de lo que mis palabras expresan.

NEOPTÓLEMO.- Hubiera querido persuadirte con mis razones, pero, si no estoy hablando en un momento oportuno, he terminado de hacerlo.

1280 FILOCTETES.- Todo lo que hables será en vano, pues nunca conseguirás tener mi ánimo bien dispuesto; tú, que me has privado de mi medio de vida quitándomelo con engaños, después me vienes a amonestar; tú, que has mostrado que eres un odioso hijo de un excelente padre. ¡Ojalá perezcaís los Atridas en primer lugar, el hijo de Laertes y tú!

NEOPTÓLEMO.- No hagas más imprecaciones y recibe de mi mano estas flechas.

FILOCTETES.- ¿Cómo dices? ¿Es que por segunda vez voy a ser engañado?

NEOPTÓLEMO.- Te lo juro por el sagrado respeto del supremo Zeus.

1290 FILOCTETES.- ¡Oh queridísimas palabras, si lo que dices es verdad!

NEOPTÓLEMO.- Va a ser un hecho ante tu vista. Ea, extiende tu mano derecha y apodérate de tus armas. (*Aparece súbitamente Odiseo en escena.*)

ODISEO.- Yo lo prohíbo, ¡sean los dioses testigos!; en nombre de los Atridas y de todo el ejército.

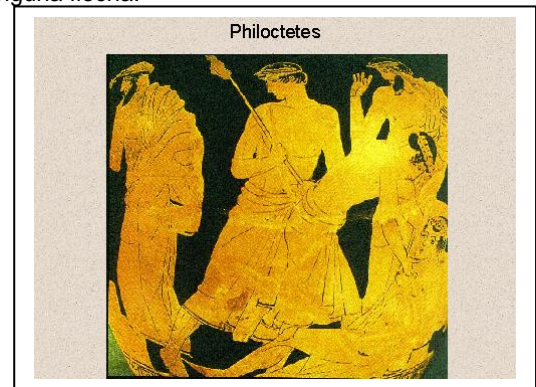
FILOCTETES.- (*A Neoptólemo.*) Hijo⁶², ¿de quién es esa voz? ¿Acaso he escuchado a Odiseo?

ODISEO.- Entérate claramente: a tu lado me estás viendo, a mí que voy a enviarte por la fuerza a la llanura de Troya, aunque no quiera el hijo de Aquiles.

FILOCTETES.- (*Tendiendo el arco.*) Pero no lo harás impunemente, si esta flecha da en el blanco.

NEOPTÓLEMO.- (*Sujetándole por el brazo.*) ¡Ah, de ninguna manera, por los dioses, no dejes escapar ninguna flecha!

1300



FILOCTETES.- En nombre de los dioses, suéltame el brazo, hijo muy querido.

NEOPTÓLEMO.- No te soltaré.

(*Se va Odiseo.*)

FILOCTETES.- ¡Ah! ¿Por qué me has impedido matar con mis flechas al hombre que es mi aborrecido enemigo?

NEOPTÓLEMO.- Es que ni para mí ni para ti está bien tal acción.

FILOCTETES.- Pero entérate al menos de que los principales de nuestro ejército, esos mentirosos heraldos de los aqueos, son cobardes en la lucha pero osados en sus palabras.

NEOPTÓLEMO.- Sea, pero tienes ya el arco y no existe razón para que tengas enojo ni reproche contra mí.

1310 FILOCTETES.- Estoy de acuerdo. Has demostrado, hijo, de qué estirpe has nacido,

que no es de Sísifo, sino de Aquiles, de quien las mayores alabanzas se oían, tanto cuando estaba entre los vivos, como ahora entre los muertos.

NEOPTÓLEMO.- Me complace que hables bien de mi padre, y de mí mismo, pero escucha lo que deseo obtener de ti. A los hombres les es forzoso soportar las fortunas que los dioses les asignan. Pero cuantos cargan con males voluntarios, como tú, no es justo que nadie les tendrá clemencia ni compasión.

1320

Tú te enfureces y no toleras a un consejero y, si alguien te amonesta, aunque sus palabras sean amistosas, le aborreces y le consideras un enemigo y un adversario. Sin embargo, te hablaré, e invoco a Zeus por quien se hace el juramento. Entérate de esto y grábalo dentro de tu corazón: tú padeces este mal por un destino que te viene de los dioses, ya que te acercaste a la guardiana de Crisa, a la serpiente⁶³ vigilante que a escondidas custodia el descubierto cercado. Sabe también que, en tanto el mismo sol

1330

se levante por ahí y se ponga otra vez por allí no te vendrá el final de esta penosa enfermedad hasta que por tu propia voluntad vayas a la llanura de Troya y, encontrándote con los dos hijos de Asclepio⁶⁴ que están entre nosotros, te cures de esta dolencia y te dejes ver saqueando la ciudadela de Troya con ayuda de estas flechas y con la mía. Y te diré cómo sé yo que está así dispuesto. Tenemos un prisionero de Troya, el excelente adivino Heleno, quien declara sin lugar a dudas que es necesario que suceda así. Y a esto aún añade que es forzoso que en el verano próximo Troya sea tomada por completo. Y se ofrece a sí

1340

1350

⁶² Nuevo cambio en el tratamiento, que indica la nueva disposición de Filoctetes..

⁶³ Era la serpiente que custodiaba el recinto sagrado de la ninfa Crisa.

⁶⁴ Macaón y Podalirio, que recibieron el mismo poder que su padre.

- mismo voluntario para que lo maten, si resulta equivocado en lo que dice.
Así, pues, ya que estás enterado, consiente de grado. Ganarás mucho si, juzgado como el mejor de los helenos, te pones en primer lugar en las manos de quien te dará la salud y seguidamente, tras tomar Troya, la que hace derramar abundantes lágrimas, alcanzas la más alta gloria.
FILOCTETES.- ¡Ah, odiosa existencia! ¿Por qué, por qué me mantienes vivo aquí arriba sin permitir que me dirija al Hades? ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo voy a confiar en las palabras de quien, con la mejor voluntad, me aconseja? Pero, ¿voy a ceder? Y luego, ¿cómo, desdichado, podré aparecer a la vista de todos si lo hago? ¿A quién podré dirigir la palabra? ¡Oh ojos que habéis contemplado todos los agravios que me han hecho! ¿Cómo podréis soportar que yo conviva con los hijos de Atreo, los que me perdieron? ¿Y con el hijo de Laertes, grandísimo infame? No es el dolor por los hechos que han pasado lo que me mortifica, sino que creo prever cuántas cosas he de sufrir aún de su parte. Pues, para los que el pensamiento
1360 llega a ser la fuente de las iniquidades, éstas les enseñan también otros males. Y esto es también lo que me admira en ti, que tú mismo no debías ir a Troya y debías impedírmelo a mí, ya que aquéllos te injuriaron al despojarte de los honores que tenías de tu padre⁶⁵. Y a pesar de ello, ¿vas a luchar a su lado y me obligas a hacerlo a mí también? No, por cierto, hijo. Antes bien, envíame a casa como has prometido. Y tú mismo quédate en Esciros y deja que ellos, los malvados, perezcan de mala manera. Y así recibirás un doble agradecimiento:
1370 el mío y el de tu padre. Y no darás la impresión de ser de la misma calaña que ellos, al ir en ayuda de unos malvados. .
NEOPTÓLEMO.- Dices algo que es razonable; sin embargo, yo quisiera que confiaras en los dioses y en mis palabras y zarparas de esta tierra en mi compañía, que soy tu amigo.
FILOCTETES.- ¿Acaso en dirección a la llanura de Troya y junto al odiado hijo de Atreo, con este desgraciado pie?
NEOPTÓLEMO.- Sí, junto a los que te liberarán a ti y tu supurante pie de dolores y te curarán tu enfermedad.
FILOCTETES.- ¡Ah! Tú das extraños consejos. ¿Qué quieres decir?
1380
NEOPTÓLEMO.- Lo que veo que resultará mejor para ti y para mí.
FILOCTETES.- ¿Y no te avergüenzas de hablar ante los dioses?
NEOPTÓLEMO.- ¿Cómo podría alguien avergonzarse de prestar un servicio a los amigos?
FILOCTETES.- ¿Te refieres a un servicio para los Atridas o para mí?
NEOPTÓLEMO.- Para ti, sin duda alguna, porque soy tu amigo y como tal te hablo.
FILOCTETES.- ¿Y cómo, tú que quieres entregarme a mis enemigos?
NEOPTÓLEMO.- ¡Oh querido amigo!, aprende a no envalentonarte en medio de tus males.
FILOCTETES.- Me perderás, te conozco, con estas palabras.
NEOPTÓLEMO.- Yo ciertamente que no. Pero afirmo que tú no las entiendes.
- 1390 FILOCTETES.- ¿No sé yo que los Atridas me expulsaron?
NEOPTÓLEMO.- Pero considera si, aun habiéndote expulsado, te van a salvar en esta ocasión.
FILOCTETES.- Nunca, si tengo que visitar yo Troya por mi propia voluntad.
NEOPTÓLEMO.- ¿Qué haré, pues, yo, si ninguna de las razones que doy te pueden convencer? Lo más fácil para mí es dejar de hablar y que tú vivas sin ser curado, como ya estás viviendo.
FILOCTETES.- Deja que yo sufra lo que me es preciso sufrir. Pero lo que me prometiste, estrechándome la mano derecha, de enviarme a mi patria, cúmplelo, hijo, y no te retrases, ni me menciones ya Troya.
1400 Pues bastante lo he deplorado ya con mis lamentos.
NEOPTÓLEMO.- Si te parece, partamos.
FILOCTETES.- ¡Ah, nobles palabras has proferido!
NEOPTÓLEMO.- Apoya ahora tu pie.
FILOCTETES.- Al menos en tanto yo tenga fuerzas.
NEOPTÓLEMO.- ¿Cómo escaparé de la acusación de los aqueos?
FILOCTETES.- No te preocupes.
NEOPTÓLEMO.- ¿Y qué ocurrirá si devastan mi país?
FILOCTETES.- Yo estaré allí presente...
NEOPTÓLEMO.- ¿Y qué ayudas podrás prestarme?
FILOCTETES.-... con las flechas de Heracles.
NEOPTÓLEMO.- ¿Qué quieres decir?
FILOCTETES.- Les impediré acercarse.
NEOPTÓLEMO.- Tras despedirte de esta tierra, ponte en marcha.
(Cuando se disponen a marchar, aparece Heracles por encima de los actores⁶⁶.)
HERACLES.- Aún no, sin que escuches mis palabras,
1410 hijo de Peante.
Puedes afirmar que estás oyendo con tus oídos la voz de Heracles y que estás contemplando su rostro. En atención a ti he venido, abandonando las celestes moradas, para comunicarte los propósitos de Zeus y para impedir que tomes el camino que vas a emprender. Escucha mis palabras.
En primer lugar te hablaré de mi propio destino, de cuántos trabajos soporté y cumplí hasta obtener la gloria inmortal que te es posible contemplar.
1420 También para ti, entérate bien, está destinada una suerte así: que de los sufrimientos presentes obtengas una vida gloriosa. Irás con este hombre a la ciudad troyana, donde, primero, quedará libre de tu penosa dolencia y, luego, elegido por tu valor el más importante del ejército, tras matar con mis flechas a Paris, que fue el causante de estos males, devastarás Troya, y el botín que, como premio, recibas de la armada lo enviarás a tu morada para tu padre Peante, a la meseta del Eta, tu patria.
1430 En cuanto al botín que logres del ejército en memoria de mis flechas, llévalo a mi tumba. Y a ti, hijo de Aquiles, te aconsejo lo mismo. Pues ni tú puedes tomar la llanura de Troya sin éste, ni él sin ti. Antes bien, como dos leones que van juntos, protegeos el uno al otro. Por mi parte, enviaré a Asclepio a Troya para que te cure de tu enfermedad. Porque por segunda vez⁶⁷ es preciso que Troya sea tomada con mis flechas. Pero esto en cuenta
1440 cuando hayáis assolado la región: mostrad la debida reverencia para los dioses. Todo lo demás es secundario, según el criterio de nuestro padre Zeus. La piedad no muere con los mortales y, aunque estemos vivos o muertos, ella no perece.
1450 FILOCTETES.- ¡Oh tú que has emitido una voz anhelada

⁶⁵ Se refiere a las armas de Aquiles.⁶⁶ Es un caso de *Deus ex machina*, típico de Eurípides.⁶⁷ En la primera expedición a Troya participó Heracles con su arco.

por mí y que apareces tras largo tiempo! No
desobedeceré tus órdenes..

NEOPTÓLEMO.- Y yo doy mi parecer en el mismo
sentido.

HERACLES.- No os retraséis mucho tiempo en actuar.
Os urgen la ocasión

y este viento que sopla de popa.

(Heracles desaparece.)

FILOCTETES.- Ea, pues, déjame saludar esta tierra al
partir. Adiós⁶⁸, ¡oh morada que me has protegido y
ninfas de los arroyos y los prados, y tú, enérgico
estrépito del promontorio marino donde, muchas veces,
en su interior, se empapó mi cabeza por las trombas
del viento sur y donde a menudo el monte Hermeo me
devolvía con el eco, en pleno sufrimiento, el gemido de
mi propia voz!

1460

Y ahora, ¡oh fuentes y agua licia!, os dejo, os dejo ya a
pesar de que nunca había tenido este propósito. Adiós,
¡oh región de Lemnos rodeada por el mar! Envíame en
feliz e irreprochable travesía adonde me llevan la gran
Moira y el consejo de los amigos y la divinidad que todo
lo puede y que así hizo que se cumpliera⁶⁹.

1470

CORO.- Marchemos todos juntos, rogando a las ninfas
del mar

1471

que vengan a tutelar nuestro regreso.

⁶⁸ Parece que Filoctetes hablaba mientras abandonaba la escena

⁶⁹ Se trata de Zeus, no de Heracles.